prendido la natural indignación de un pobre asegurado á pesar suyo, como dijiste que eras.

El doctor du Chatel sonrió, guardó un instante silencio, y después dijo, dirigiéndose á su hija:

- -Serás dichosa, hija mía; vas á poder casarte.
- -Si tú me das tu consentimiento, papá....
- —Nunca te lo he negado yo, sino la ley. ¡Ah! ¡Si vieras cómo me atormentaba esa idea á todas horas! Por el día no pensaba en otra cosa, y por la noche me despertaba diciendo: «Si yo la hubiese asegurado cuando nació, ahora tendría una dote de cincuenta mil francos, que apenas me habría costado nada».
- —Pues bien: otro ha hecho lo que tú no has podido hacer.
- —Sí; à pero sabes lo que estoy pensando ahora? Que me temo que he sido yo el que di esa idea á la señora Le Forestier.... Siempre estaba yo hablando de seguros contra la vida en interés de los hijos, ponderando las ventajas que esto tenía...., hasta que la llamé la atención, haciendo que sustituyera al padre de familia imprevisor...., y que, además, no tenía medios.... Delante de ciertas personas, nunca debería uno decir lo que piensa, porque al momento lo cogen todo...; pero no hablemos más de ello.... Mañana iremos los tres al cementerio del Père Lachaise...., y sobre todo, hija mía, que las coronas sean muy hermosas.

## XXVIII.

Hacia las cinco de la tarde de aquel mismo día, avisaron á Juana du Chatel, que se había retirado á su habitación, que la señorita de Beuvret deseaba verla, y la esperaba en el salón. En cuanto lo oyó Juana, se apresuró á reunírsela.

—Vengo (la dijo Clara) á pediros hospitalidad. Hemos venido á París mi padre y yo, y como papá tenía que hacer, me ha dejado á la puerta de vuestra casa, con la esperanza de que no os importaría tenerme aquí un ratito.

Juana la cogió las dos manos, y la dijo sonriendo:

- à No habéis venido aquí más que para aguardar á vuestro padre?
  - -Sin duda.
- —¡Oh, no mintáis! Porque el rubor os hace traición en seguida. Igual me pasa á mí; no sabemos mentir.... Vamos, voy á ayudaros á decir la verdad.... Debo esta agradable visita á vuestro prometido, que os ha mandado hacerla.
  - —¿Creéis?....
  - -Estoy segura.... Armando está deseando sa-

ber cómo hemos tomado la cosa, mi padre, Roberto y yo.

- -¿Qué cosa?
- -La partida que nos ha jugado.
- -¡Él no tiene la culpa de nada!
- —Sí, sí; ya sé lo que va á decir para defenderse, que es lo mismo que le he dicho yo á mi padre para calmarle; pero no por eso deja de ser verdad que desde su mayor edad se ha hecho cómplice de su madre, para enriquecernos y hacernos dichosos.
  - -¿Os habéis enojado?
  - -Yo, no; quiero demasiado á Armando.
  - -à Y vuestro hermano?
  - -Al revés, está muy agradecido.
  - -¿Y el Doctor, se ha enfadado?
- -Un poquito nada más, porque le hemos contenido Roberto y yo.
  - -¿Pero acepta ?-preguntó Clara.
- -¡Ah! ¡bien decía yo, que habíais venido para eso!
- —Pues bien, sí (dijo Clara, abrazando á su amiga); sois tan delicados los tres, que Armando y yo estábamos tan inquietos...., que no he podido menos de venir en seguida.
  - -Pues me alegro, porque así os he visto.
- -Pero aún no me habéis respondido á la pregunta que os he hecho. ¿ Acepta vuestro padre, no es verdad?

-Sí; no podía, no debía renunciar.

—¡Oh, qué dicha!.... ¡Qué contento se va á poner Armando! ¡Si supieseis cuánto sentía que vuestro padre estuviera inquieto por el porvenir!.... Sobre todo, desde que el Doctor está enfermo y no puede visitar....; pero se consolaba un poco haciéndose esta reflexión: «al fin y al cabo, vencerá el plazo, y la Urbana tendrá que pagar». Pero, sin embargo, no estaba tranquilo, porque entretanto no podía ofreceros sus servicios, y además se preguntaba si el Doctor consentiría.... Por eso me ha enviado aquí, y está tan impaciente, que no quiere hacerle esperar mucho tiempo, y dentro de un rato volveré á nuestra casa de Auteuil, donde nos espera para ver el resultado.

—Pues dadle muchas gracias en mi nombre, estrechándole muy fuerte la mano....; pero sólo por mí.... Mi padre y mi hermano no le darán las gracias, porque yo se lo he aconsejado.

-Tenéis razón.... Ahora, hablemos de vos, ó más bien de él....

- -¡Oh sí! ¡no deseo otra cosa!
- -Le conozco, le he visto, le he hablado.
- -¡Ah! ¿Cuándo?
- —Ayer.... Armando se le presentó á mi padre...., por cierto que es muy simpático, alto, buen mozo, inteligente, espiritual, instruído.... Hemos hablado mucho de vos. ¡Si supierais qué

bien sabe apreciaros y cuánto os ama!.... ¡Oh! ¡qué feliz soy al pensar que nada os separará en adelante!

Á su vez, Juana du Chatel abrazó á Clara con todo su corazón, y después le dijo en voz baja:

-¿Cuándo le veré?

—¡ Ah! Lo olvidaba.... Mañana en Auteuil, si vuestro padre y vos queréis venir á comer con nosotros....; Oh! Sin cumplimientos....: es una habitacioncita donde tendremos que estrecharnos y comer codeándonos....; pero estaremos en familia...., pues pronto voy á ser vuestra hermana, como Armando es vuestro hermano.

-¡Oh, sí!¡Mi hermano querido!

—Antes de dejaros (replicó Clara de Beuvret), tengo que pediros dos cosas.

-Os las concedo desde luego. Hablad.

-La primera es que me dejéis tutearos.

-¡Oh, qué buena idea!¡Si vierais cuánto lo deseaba! Pero no me atrevía á proponéroslo.

—Pues ya está dicho.... Así tendremos más confianza, y me harê la ilusión de que hemos ido al colegio juntas....; eso será muy agradable para mí, que no he tuteado á nadie más que á mi padre; tú eres mi única amiga.

-¿Cuál era la segunda cosa que tenías que pedirme?

—Que nos casemos en el mismo día, á la misma hora y delante del mismo altar.

-¿Pero eso es posible?

-Sí, ya me he informado.

—Pero tú ya tienes los preparativos hechos, mientras que yo no he hecho nada todavía.

-Retrasaré mi matrimonio ocho días; tú lo preparas todo lo más pronto posible, y así nos igualaremos.

—Es una idea buenísima, como todas las que vienen de ti y de él....; pero tu matrimonio será pomposo y magnífico como corresponde á la posición de tu marido, y el mío....

—Te engañas; no queremos hacer ruído ni llamar la atención, pues Armando tiene horror á todo eso, y lo que piensa hacer es dar al cura de San Agustín para sus pobres, y casarnos sin aparato de ningún género en la capilla de la Virgen, oyendo una Misa rezada.... ¿Quieres?

-¡Oh! Entonces sí.

—Además, me darás el gusto de escoger tu vestido.... Supongo que no me negarás eso, pues es muy justo que me ocupe algo de ti para pagarte lo que haces por mí.... No creas que no sé que recorres durante todo el día París para completar mi canastilla deboda.... Y á propósito, te ruego que no compres nada que sea demasiado lujoso. Sería inútil, porque no pienso ir á ninguna clase de diversiones. Quiero dedicarme por completo á él, á mi padre y á vosotros tres.... Pero me voy, que mi padre debe estar abajo,

y ya te he dicho que nos estaban esperando en Auteuil.

-No, no me has dicho eso.... Me has dicho que sólo te esperaba él.

—Sí; pero como sería muy fastidioso estar solo durante mi ausencia, ha escogido un compañero para pasar el tiempo.

- Y ese compañero es ?....

—¡Curiosa! Es Luciano Deroche, que estaba muy impaciente por saber.... Conque hasta mañana.... Que no te pongas muy elegante.... Los vestidos nuevos ocupan más terreno.... y, ya te lo he dicho...., nuestro comedor es pequeñito.

Las dos amigas se abrazaron, y se separaron con la alegría en los ojos y en el corazón.

Tres semanas después, los dos matrimonios fueron celebrados en San Agustín, como había sido convenido. Los vestidos de las dos novias eran enteramente iguales, y sumamente sencillos. Armando vestía de etiqueta y Luciano Deroche su uniforme, ornado con tres medallas y con la cruz de la Legión de Honor. Se habían hecho pocas invitaciones, y, sin embargo, el número de los concurrentes fué numeroso, porque el Doctor era muy conocido en el barrio por su bondad, y Armando Le Forestier por su caridad, que era tan grande como su fortuna.

Después de la ceremonia, se fueron todos á casa del doctor du Chatel, á fin de pasar el día todos juntos en familia y de despedirse, pues Armando Le Forestier, conforme lo había prometido, salió de París aquella misma noche, y el señor de Beuvret se separaba de Clara por primera vez en toda su vida. Sin embargo, no daba ninguna muestra de debilidad, pues sin duda le sostenía un secreto instinto, una esperanza. Tal vez, se decía, la ausencia no será tan larga como creen, puesto que depende de mí su duración. En cuanto al doctor du Chatel, conservaba á su hija, si no á su lado, al menos en París. Armando Le Forestier, que pensaba en todo, había obtenido que Luciano Deroche fuese trasladado de su regimiento y colocado en el negociado de quintas.

Toda la familia quiso acompañar á Clara Le Forestier y á Armando á la estación de Lyon. Entraron en el andén y subieron al coche-salón que habían tomado. Cuando llegó la hora de separarse, Clara se echó en los brazos de su padre, diciéndole:

-¡Perdóname por dejarte! ¿Qué harás tú sin mí?

—¡No te inquietes, hija mía! (respondió Beuvret.) Me ocuparé de asegurar tu dicha mientras no estés aquí.

Cuando partió el tren y ya no se vieron agitar las manos en señal de despedida, el señor de Beuvret se aproximó á Roberto du Chatel, y le dijo:

—Los dos estamos tristes: vos porque vuestro único amigo ha partido, y yo porque no tengo á mi hija. ¿Queréis que empecemos en seguida á ocuparnos, para seguir estando con ellos, al menos con el pensamiento, de los grandes intereses que nos han sido confiados?

—Sí, señor. Esta misma noche, si queréis, después que hayamos acompañado á los otros dos recién casados á su casa, y conducido á mi padre al boulevard Haussmann.

-Está convenido. ¿Dónde podremos hablar con toda libertad?

-En mi bufete, calle de la Chaussée-d'Antin, si no tenéis inconveniente. Allí nadie va por la noche, y estaremos perfectamente.

-Bueno.

Y se reunieron al Doctor y á los dos recién casados.

## XXIX.

Grandes razones tenía Beuvret para exigir que después del matrimonio viajaran su hija y su yerno. Su alejamiento de París le daba una notable ventaja sobre Montbarán y el marqués de Arnage, que no podrían amenazarle con revelar á Armando su pasado. En efecto: las revelaciones verbales eran imposibles, estando ausente el principal interesado; y en cuanto á comunicarse por el correo, ¿cómo iban á hacerlo sin saber adónde escribirle? Armando iría hacia el Mediodía, pero sin saber ni aun él mismo de una manera positiva dónde terminaría por quedarse. Pensaba para ello seguir sus inspiraciones, ó, mejor dicho, el capricho de su mujer, que podía, ya querer ir á Argelia, ó ya á Italia ó Egipto. Se proponía viajar con el pseudónimo de Girard, que había usado ya en Royat, con objeto de que el nombre de Le Forestier no llamara la atención y le hiciera objeto de una curiosidad enojosa; por consiguiente, las cartas que se le escribieran, ya de Francia, ya del extranjero, corrían gran riesgo de no llegar jamás á encontrarle, y,

por otra parte, las que enviaran á su casa de París, debían, según órdenes terminantes que había dado, dárselas al señor de Beuvret, su suegro, que tenía el encargo de abrirlas y no enviarle sino aquellas que fueran necesarias.

Nada tenía, pues, que temer á las amenazas que el Marqués y Montbarán le habían hecho en el Café Inglés, pues solamente después de transcurridos seis meses, á la vuelta de los dos recién casados, podrían ver ó dirigirse á Armando, y para antes de este tiempo esperaba firmemente Beuvret no tener ya nada que temer de sus enemigos. Por el contrario: Montbarán y el Marqués tenían todo que temerlo, porque estaba más decidido que nunca á castigarlos en nombre de Armando Le Forestier; sin embargo, no pensaba atacar de frente á sus adversarios, porque sabía lo astutos que eran. Su plan, perfectamente estudiado, y que se había propuesto seguir al pie de la letra, no haciendo otras variaciones que aquellas á que dieran lugar los incidentes imprevistos. le ordenaba aparecer como que los temía, y fingir para que no sospechasen. Asimismo, creía que debía ser muy prudente con Roberto du Chatel. Quería dirigir los trabajos de investigación sin parecerlo, y hacer creer que cuanto sabía era porque se lo comunicaban, pensando que una palabra, una indicación dema siado precisa respecto al marqués de Arnage y Montharán, llamaría la atención de Roberto, y le haría sospechar la existencia de un colaborador inteligente, á quien no conocía.....

Cerca de las nueve de la noche, después de haber acompañado á los recién casados y al Doctor, Beuvret y Roberto se encontraron completamente solos en el mismo despacho en que algunos meses antes Prudencia de Fontenay había ido á consultar al joven abogado.

—Estoy á vuestras órdenes (dijo Roberto, cerrando cuidadosamente las puertas), y empiezo por confesaros que me alegraré mucho de poder seguir todos vuestros consejos. Armando así me lo ha mandado, y como, por otra parte, sé que estáis interesadísimo en este descubrimiento, tendré mucho gusto en complaceros.

—Sí, estoy interesadísimo, lo reconozco (respondió Beuvret); pero temo que, á pesar de ello, pueda serviros muy poco, aunque debo deciros que he estudiado este asunto hasta en sus menores detalles; pero hasta ahora, por desgracia, es muy misterioso, y necesito de toda vuestra voluntad é inteligencia para que me ayudéis á esclarecerlo... Permitidme haceros una pregunta. Esa señorita..., Rachel de Nicia..., creo que usa ese nombre para ocultar el suyo.... Desde que no nos hemos visto, ano se ha decidido á confesaros alguna cosa?

—No; á veces parece que va á hablar; pero luego vacila, balbucea algunas palabras, y acaba por no decir nada.... Debe estar vigilada muy de cerca, y tiene miedo.

-¿Pero creéis (preguntó Beuvret) que está más vigilada que otras veces?

-Sí, lo aseguraría.

-¿Será por vuestras relaciones? ¿Tenéis razones para creer que saben la sustitución que hicisteis en el Monte de Piedad?

—No, no tengo seguridad de que lo sepan; pero creo que Prudencia de Fontenay, que se quedó con la papeleta, ha debido desempeñar las alhajas, y apercibirse de la sustitución.... Lo he conocido en ciertas miradas, en ciertas actitudes completamente diferentes á las de antes de empeñar esas joyas. No soy para ella un aliado en quien confía, sino un adversario á quien teme, encargando á Rachel que desconfíe.

—Lo que nos hacía falta es que Rachel no hiciera caso de esta recomendación, y que confiase en vos de una manera absoluta, llegando de este modo á no temer á Prudencia.

—Sí, pero olvidáis el robo. No creo, como ya he dicho á Armando, que Rachel sea moralmente culpable; pero, en realidad, es seguro que está comprometida, y ciertas amenazas la intimidan.

—Si yo estuviese en vuestro lugar, la probaría que esas amenazas son vanas. −¿Cómo?

-Rachel no os da quizá ninguna prueba de conflanza, porque vos sois también con ella muy reservado, y os mantenéis á la defensiva; pero si la hablaseis franca y afectuosamente; si la dijeseis: «Conozco vuestra historia.... Sé que antes de llamaros Rachel de Nicia y de habitar en la calle Blanche, dabais lecciones de italiano á la duquesa de X...., y le servíais de lectora y de señorita de compañía...., y un día de locura, de fiebre, quizá por coquetería, por el deseo de estar más bonita, la habéis sustraído sus alhajas con intención de devolvérselas después de haberlas llevado». Observad, mi querido Roberto, que es muy posible que esta sea la historia verdadera. Luego añadís: «No os han dejado restituirlas, con el fin de teneros cogida, reduciéndoos á la esclavitud. ¡Pues bien; sacudid vuestro yugo! Libertaos; pues nada hay más fácil. Llevad á la Duquesa sus diamantes, y explicadla todo lo que ha pasado, á qué sentimientos, á qué consejos perniciosos habéis obedecido. Decidle luego que estáis arrepentida, y tened seguridad de que os perdonará, y que, por consiguiente, nada tenéis que temer de la justicia.

—Pero entonces será preciso devolver á Rachel las alhajas de la Duquesa,—dijo Roberto.

-Claro que sí : ¿ no las tenéis?

-Están en casa del Comisario de policía;

pero Armando, antes de marcharse, me presentó á él, y le dijo que me diera cuando lo necesitara el depósito que le había entregado.

—Pues pedídselo... Rachel comprenderá que si la Duquesa la perdona, nada tiene que temer de Prudencia. No temiéndola ya, y reconocida como os estará, es muy probable que os haga confidencias, que de seguro nos serían muy provechosas.

—Sí, la idea es buena; ¿pero la Duquesa perdonará con tanta facilidad como creéis? Es fácil que no la permitan ser indulgente. Creo que Prudencia la tiene subyugada, así como tiene á Rachel.

-Es posible: explotarán algún secreto que la comprometa. He estudiado estos asuntos últimamente, para juzgar una ley que va á promulgarse; pero fijaos, y haced observar á la señorita Rachel que, una vez que haga la devolución, Prudencia queda muy comprometida, porque quien aparecerá robada, cuando haga la devolución, será ella. Prudencia tiene, ó bien los diamantes comprados por mi yerno en una tienda de la calle de la Paix, ó bien la papeleta de empeño de esos brillantes. Una denuncia, si quisiéramos hacerlo público, haría que la detuvieran inmediatamente; pero no haremos esto, porque lo que nos conviene es no decir nada, para enterarnos mejor. Persuadida de todas estas cosas, convencida de que estáis decidido á defenderla, á protegerla y salvarla de todos los peligros, Rachel no obedecerá á nadie más que á vos, debiendo, sin embargo, procurar aparecer que tiene miedo á Prudencia. De esta manera las tropas del enemigo nos pertenecerán, y se pasarán á nuestro campo á la primera señal que hagamos.

—Bien; seréis obedecido, mi querido general en jefe (dijo Roberto, saludando militarmente). Permitidme, sin embargo, deciros que esa idea de hacer de Rachel nuestra aliada la había yo tenido ya, y se la había comunicado á Armando.

-Ya lo sé; pero sólo teníais la idea, sin saber cómo llevarla á cabo (dijo sonriendo Beuvret). Contabais con el amor para atraerla.... ¡Oh! No os asustéis; yo debo hablar sin ninguna reticencia...., y, por otra parte, antes de ser un hombre formal, he sido joven como vos, y..., creedme, es necesario no hacerse muchas ilusiones acerca del amor de una Rachel de Nicia. Con esta clase de mujeres es preciso tener más confianza en el respeto que se las inspira, en lo que por ellas se hubiera hecho en su agradecimiento, que en el amor que digan tenernos. El amor es cosa muy usada en ellas. Aman fácilmente, por necesidad, por costumbre. Cuando se les demuestra amistad, lo agradecen, las halaga, las cambia, y las hace agradecidas y confiadas. Cualquiera de ellas, que engañaría á su amante, se dejaría matar antes que engañar al amigo.

— Es cierto...., certísimo, y yo obraré en consecuencia de lo que me habéis dicho; ¿pero creéis que es ya el momento oportuno para hacer lo que me habéis dicho?

—Sí; desde el día en que el señor Le Forestier me dió sus poderes, y os rogó que os entendierais conmigo, mi gusto hubiera sido deciros: «¡Manos á la obra; marchemos adelante!» Pero me detuvo un temor.

-¿Cuál? -

—El de que surgiera algún incidente que hubiera forzado á Armando á mezclarse en sus asuntos y á prestarnos su concurso activo..., lo que yo no quería de ninguna manera; pues sólo debe dedicarse, por ahora, á mi hija.... Hoy que ha partido, es diferente; ya no temo nada por él ni por mi hija, y os digo con el mismo entusiasmo que lo diría un inglés: 1 Go-head!

-- ¡Go-head!-exclamó Roberto.

—Ahora, si os parece bien (replicó el señor de Beuvret), dejaremos á un lado á Rachel de Nicia, para ocuparnos de los otros dos personajes que habéis encontrado en casa de Prudencia, y que os haninspirado vagas sospechas, y os han dado tanto en que pensar.... ¿Cómo les llamabais?.... No me acuerdo en este momento....

—El señor de Montbarán y el marqués de Arnage.

-¡Ah!¡Eso es! Pues bien: hablemos de ellos.

XXX.

El señor de Beuvret, sentado en la mesa del despacho, con el cuerpo hacia delante, el brazo izquierdo negligentemente apoyado sobre la mesa, la mano derecha jugando con un cortapapel, decía á Roberto du Chatel:

-Desde el día en que habéis visitado por primera vez la casa de Prudencia de Fontenay, vuestra atención se fijó desde luego en el marqués de Arnage y en el señor de Montbarán, y.... permitidme que os lo diga, creo que os habéis ocupado de ellos con demasiada insistencia...; os han sido sospechosos á primera vista; sus costumbres no os han parecido muy morales, y cuando os habéis informado, habéis sabido que no poseían bienes de fortuna ni ejercían ninguna profesión lucrativa, á pesar de lo cual el señor de Montbarán vivía en la opulencia, y el Marquès de Arnage jugaba fuerte, y solía perder más bien que ganar; decidme: ¿ no hay en París millares de existencias parecidas á éstas?... à Me parece que convendréis en ello?

-Sí, señor.